

● Germán Iván Martínez Gómez

LA CAMISA DE MISTER GARLAND

O EL PROBLEMA DE LA

IDENTIDAD PERSONAL

No es preciso aclarar –no debería hacerlo– que por filosofía no se puede entender hoy más que un discurso póstumo, armado entre los restos de un incendio. El elemento del pensar no es ya, como lo fue durante siglos, el Edificio, sino la Escombrera, y la acción del pensamiento se parece al husmeo por el que aquí y allá una memoria olfativa descubre rescoldos.

JOSÉ BLANCO REGUEIRA

Quiero decir –y consiento en hacerlo a sabiendas de que ya lo he hecho en algún otro momento– que leer a José Blanco Regueira me *pone* filosófico. Y digo me *pone* porque la filosofía requiere siempre de una *pre-disposición*, de una *posición* anticipada que posibilite tal propósito, empresa o desafío. Leer a Blanco Regueira, después de haber tenido el gusto de escucharlo, es siempre gratificante a razón de que su pensamiento constituye un artefacto hiriente, y mi espíritu, cargado de sufrimientos como el camello nietzscheano, comparte la intranquilidad de esa alma andante.

Cuando digo que me pone filosófico lo hago sabiendo que pensar, como sangrar, brotan independientemente de la voluntad del sujeto. El borboteo sanguíneo en cualquier vulneración –provocada o accidental– no puede ser detenido por un ejercicio del libre albedrío. La sangre emana indistintamente del deseo de que así sea. El pensamiento, de igual forma, es producto de una laceración –propiciada por uno mismo o no– que difícilmente puede pararse por el sólo capricho del deseo.

Pensar es una condena. Es una forma de sangrar en silencio. Es una opción intrínseca de la abertura, de la agonía paulatina e irrenunciable, producto del sajar incesante. Porque ¿qué otra cosa sino sangre es lo que del pensamiento germina a partir de esa incisión llamada consciencia?, ¿qué no es ese ímpetu por la sabiduría el origen de todo malestar, de ese estado de disgusto propio de los mortales?, ¿qué no es la pretensión humana de alcanzar la verdad el motivo de este desarreglo, de esta desarmonía, de esta descompensación vital, fruto del derramamiento de la sangre?

Blanco Regueira entiende el pensamiento como un *esfuerzo* humano, demasiado humano. Esfuerzo como brío, como valentía en relación con el duro acto de la desangración, del desagüe. Ahora, al abrir un nuevo canal de comunicación como lo es la obra narrativa, el también autor de *La odisea del liberto* continúa con su empeño reflexivo al abordar en una novela, *La camisa de Mister Garland*, el problema de la identidad personal. A través de dos monólogos complementarios se analiza el problema ya referido, no sin antes tropezar con otros obstáculos que serán abordados con una inteligencia exquisita. Por ejemplo, la *aprehensión* del conocimiento tal cual nosotros la entendemos.

En el primer monólogo y a partir de las reflexiones de un inquilino, se muestra cómo la vista se ha sobrepuesto al resto de los sentidos, impidiéndoles desempeñar sus facultades cognoscitivas. Se discurre en torno al olfato, primer mecanismo de aprehensión y reconocimiento del recién nacido en relación con su madre y que, sin embargo, es en nuestros días factor de poca atención. Es el olfato el medio del que originariamente nos valemos para aprehender, para tomar el conocimiento mínimo e indispensable que nos permita subsistir y satisfacer los deseos y las necesidades primarias. El olfato, como sentido que propicia el conocimiento, ha sido desechado. A estas alturas podemos distinguir infinidad de colores, diferenciar no con mucho trabajo una diversidad de sonidos o, igualmente, distinguir entre una variedad de alimentos que, por su simple textura, forma o tamaño, también diferenciamos. Pero, *¿cuántos olores podemos percibir?*

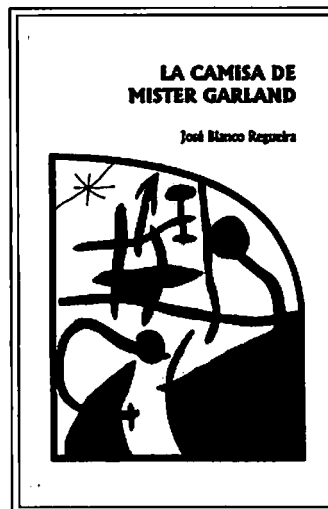
Si partimos de que todo órgano que no se usa se atrofia, de algo que está atrofiado deducimos que está descompuesto; a partir de esta condición desprendemos un estado de putrefacción y por ende de hediondez, ¿podemos, a partir del raciocinio anterior, percibir el olor de nuestro pensamiento si es que éste *realmente* existe? Porque si estamos condenados a pensar y no lo hacemos, los elementos que dan pie a esta facultad están atrofiados y no por un uso excesivo sino, como decíamos, por desuso. Luego entonces si lo que nos permite pensar está atrofiado, no sirve, y si no sirve necesariamente es porque está descompuesto e, inevitablemente, en una situación maloliente. Pero ¿podremos aceptar, acaso, la idea de que el pensamiento de la humanidad no ha sido sino una hediondez disfrazada de fragancias ilusorias?

Podemos *ver* el universo y su desarmonía, *oír* de la miseria, de la ambición, del hambre, de la melancolía; podemos *tocar* aquello que está desarre-

glado, inclusive *probar* lo que consideramos inservible pero, ¿cómo *oler* un mundo con una nariz constipada, abotagada de nimios perfumes que imposibilitan alcanzar el olor verdadero?

Blanco Regueira muestra en esta su más reciente obra "la pasión irracional de pensar". Cada frase es una provocación. *Pro-vocación* entendida como la apuesta de un llamado en pos de una contestación, de una respuesta. A manera de arma punzocortante, el pensamiento del autor se muestra aguzado, es decir, lo suficientemente puntiagudo e incitante para efectuar, más que un simple rasguño, el desgarramiento de la carne. A fuerza de rasgar, el pensamiento, cual sangre interrumpida en su transcurso, está condenado a esparcirse por un cuerpo que sólo formula preguntas.

La lectura del segundo monólogo de *La camisa de Mister Garland* me recordó, de alguna forma, las *Meditaciones* cartesianas. Sobre todo en lo que respecta a este sentimiento de incertidumbre en relación con el estado de sueño y de vigilia; sólo que en la novela referida, dicho sentimiento deambula entre la vida y la muerte. Si entendemos por vida la capacidad que tienen los seres para moverse por sí mismos, debemos entender la muerte como un estado de quietud, como el culmen y la fatalidad de la *estancia*. Empero, consciente estoy que de la muerte nada puede decir el vivo, nada que valga verdaderamente la pena. El *problema* radica precisamente ahí, en esa condición que *supone* la vida como una cualidad inherente y propia. ¿Quién nos asegura que esta vida que presumimos es legítima? Nada ni nadie garantiza realmente que este *sentirnos* vivos sea *fun-*



damentalmente lo propio de la vida; sin embargo, es el *supuesto* lo que posibilita confiarnos ciegamente a esta vana ilusión.

Descartes atribuyó su zozobra a la acción de un genio maligno que pretendía engañarlo. Comenzó a dudar, y lo hizo primeramente como un método de conocimiento para alcanzar verdades claras y distintas pero, ineludiblemente, se perdió en el delirio. De igual forma, Freddy Garland, natural de Cleveland, Ohio, es sometido a observación clínica en un hospital psiquiátrico. Vive con la idea de llevar a su padre en las entrañas, anidado como una especie de quiste canceroso o coágulo dañino. Garland atraviesa por la esquizofrenia y la paranoia. Decía Butkovski, en el primer manual ruso de psiquiatría, publicado en 1834, que el esquizofrénico "vive como aislado del mundo físico y espiritual, como encerrado en una habitación tenebrosa".

De la paranoia es característica la incomprensión. El paranoico piensa que contra su persona circunda una organización que quiere desacreditarle e, incluso, darle muerte. Es privativo del paranoico la desconfianza. Por ello, Garland acusa tajantemente a los rosacruces de la *inexistencia* de su padre. Ellos son quienes le han impedido nacer a su progenitor, que es *él mismo*. Los rosacruces se han empeñado en hacerle creer que no existen, no obstante, Garland ha descubierto que su trampa consiste precisamente en *negar* su existencia. Por eso vive sintiéndose diariamente asechado, recurrentemente preso de una multitud que parece amotinarse en su contra.

José Blanco Regueira participa, con *La camisa de Mister Garland*, de una

nueva forma de brindar el pensamiento filosófico. Y como él mismo escribió alguna vez: "quíerese o no, la interpretación es siempre un juego sin inocencia". Y es que como Jean Duvignaud apuntara también: "el contenido de nuestro pensamiento no es inocente". Lo anterior, a razón de que nuestro pensamiento es producto de la fisura, de la alteración interior, es hijo del pasado. Y no puede haber inocencia en la medida en que todo lo que se piensa se piensa como un espacio de obediencia, de sumisión a aquello que nos lleva, que nos obliga a pensar. Por ello, en esta primera incursión en la narrativa de José Blanco, he podido husmear en las entrañas mismas de una filosofía que se entreteje con el ensueño y el extravío. Una filosofía que es en sí misma el fruto de una permanente inseguridad, de una aflicción interminable. Las elucubraciones ahí vertidas ponen en entredicho no sólo la realidad sino el supuesto de la vida; de igual forma, dan cuenta del ambiente que se *respira* entre la fe y la incredulidad, entre la resignación y el ateísmo desbordado, entre lo inevitable y la blasfemia.

Esta es la condena de todo filosofar: encaminar al ser humano, como "cadáver insepulto", en su anhelo por alcanzar la sabiduría, aun a sabiendas de que su costo implique la muerte o, lo que es lo mismo, la consciencia de la *no existencia*. Porque la *pretensión* humana de alcanzar la verdad, esta *tensión*, anterior al nacimiento mismo del individuo, no ha hecho otra cosa sino postrarlo ante la incompetencia de su ser para aprehender el mundo, para hacerlo real y verdaderamente suyo. A pesar de ello, dirá Nietzsche: "quien,



hallándose en la hoguera, continúa regocijándose, no triunfa sobre el dolor, sino sobre el hecho de no sentir dolor allí donde lo aguardaba". Es propio del espíritu sufrido y vigoroso arrastrarse bajo las cadenas de la sinrazón y dejarse crucificar por la rabia y la tontería. El mismo Nietzsche preguntaba en relación con esta voluntad de verdad: "¿por qué no, más bien, la no-verdad? ¿Y la incertidumbre? ¿Y aun la ignorancia?". La voluntad de verdad constituye un riesgo inevitable y sumamente costoso. Así parece entenderlo Blanco Regueira, quien en algún otro momento preguntara: "¿será todavía capaz el pensamiento de transformar en música un estruendo azaroso, un derrumbe, una ruina? ¿O permanecerá para siempre en la medianoche de una conciencia gimiente y desastrada, incapaz de soportar la intemperie, suspirando por una estancia imposible?".

La camisa de Mister Garland muestra cómo este empeño por alcanzar la verdad puede tocar los límites de la racionalidad y sumergirse en un abismo demencial. Erasmo de Rotterdam, en *El elogio de la locura*, lo plasmó inteligentemente con una interrogante: "¿acaso no fue un exceso de sabiduría lo que finalmente le llevó a Sócrates a beber la cicuta?" En lo que a mí se refiere sólo puedo decir que me queda la impresión de que la sabiduría y la locura, así como la filosofía y la muerte, parecen amamantarse en los mismos pechos. LC

José Blanco Regueira, *La camisa de Mister Garland*, UAEM, Toluca, 1999.